

CONVERSACIONES INCONCLUSAS

Mayas y extranjeros entre dos guerras

por

Paul Sullivan

gedisa
editorial

Indice

ILUSTRACIONES	9
NOTA SOBRE LAS PALABRAS EXTRANJERAS	10
AGRADECIMIENTOS	11
AUTORIZACIONES	12
INTRODUCCIÓN	13
1. Hablando con el enemigo	29
2. Reconocimiento clandestino	55
3. Ilusiones de alianza	68
4. La súplica de Zuluub	86
5. Tratamiento regio	96
6. Amenaza y cortejo	125
7. Traición y reconciliación	149
8. Rumores de guerra	177
9. Recuerdos y dinero	198
10. Conversaciones inconclusas	216
NOTAS	239
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	267
INDICE TEMÁTICO	275

Introducción

Este libro narra una larga conversación entre indios mayas de Quintana Roo, México, y un séquito de leñadores, comerciantes, militares, diplomáticos, espías, profesores, exploradores, aventureros, turistas, historiadores, lingüistas, arqueólogos y antropólogos mexicanos, europeos y norteamericanos, yo incluido. A veces también intervienen reyes y dioses perdidos.

Las primeras frases de esta larga conversación se pronunciaron hace más de un siglo durante una cruenta y prolongada guerra entre mayas rebeldes y los conquistadores hispánicos de la Península de Yucatán. Diversos temas comunes enlazan tres generaciones de encuentros entre mayas y extranjeros en un diálogo colectivo: si el futuro traería paz o guerra continua, prosperidad o más pobreza desesperada, libertad o el retorno a la esclavitud, y qué papel desempeñarían los dioses y los extranjeros en la respuesta a esas preguntas. En cada encuentro, asuntos menos trascendentes y más tangibles constituían a menudo la cuestión de interés —dinero, mercancías, trabajo, armas, información— y la recurrencia de estos temas también enlaza encuentros casi olvidados de predecesores con las palabras pronunciadas sólo ayer.

Desde los apremiantes y belicosos comienzos de esta larga conversación, la paz ha llegado a México, y los mayas de Quintana Roo han disfrutado durante muchos años de libertad y cierto grado de seguridad. Pero los tiempos se están volviendo nuevamente difíciles en ese país tan aquejado por las deudas, la inflación, el desempleo, la pobreza, la corrupción y los persistentes anacronismos políticos. Los tiempos se están volviendo muy duros para gentes como los mayas, tan alejados de los lugares, las clases sociales y las organizaciones políticas que dominan sus vidas. A medida que se infiltran rumores de guerra desde los países vecinos de América Central, los mayas se preguntan cuánto tardará la guerra en irrumpir nuevamente en sus vidas cada vez más penosas. Por esa razón, algunos creen que esta larga conversación con los extranjeros tiene relevancia y debe continuar.

Los extranjeros —seamos norteamericanos, europeos o mexicanos no mayas— haríamos bien en prestar atención a lo que se ha dicho y lo que se está diciendo, especialmente quienes nos preocupamos por el destino de los pueblos de América Central y las intervenciones a menudo erróneas, e incluso malévolas, de los Estados Unidos en esa región del mundo. Como epílogo de una guerra, esta larga conversación revela cómo un pueblo centroamericano constituyó una nueva vida, un nuevo pasado y un nuevo futuro a partir de las ruinas de grandes sufrimientos y derrotas. Aquí también podemos discernir el prólogo de otra guerra más: los murmullos de descontento y esperanza, las imágenes de muerte, los pensamientos cambiantes acerca de quién es amigo y quién es enemigo. El futuro surgirá de estas fértiles ambigüedades de la opinión pública, antes del alba crudamente esclarecedora de la renovada batalla.

Escuchando a hurtadillas esta larga conversación, aprenderemos cómo nos ve al menos un pueblo centroamericano, qué expectativas, temores y esperanzas despertamos en ellos, y cómo reaccionan ante nuestra presencia e influencia. Estas opiniones mayas están expresadas en una lengua india y en la lógica de una cultura muy diferente de la nuestra. Esa perspectiva india a menudo queda oculta u oscurecida cuando hablamos entre nosotros generalizando acerca de América Central y nuestras relaciones con sus pueblos. El esfuerzo de oír y comprender estas opiniones indígenas nos exige valorar las dificultades de la comunicación intercultural, y esta valoración puede iluminar no sólo nuestros encuentros con los mayas y otros pueblos de la América Central sino con pueblos de todas partes.

Por último, una atenta lectura de la historia de esta larga conversación puede recordarnos que una acción iniciada con las mejores intenciones se puede refractar, deformar o pervertir ante la cruda realidad de la violencia política, la ignorancia mutua y los temores que acechan muchas de nuestras relaciones con los extranjeros. Por dichas razones, creí que valía la pena contar esta historia.

En 1978 llegué a una pequeña comunidad de gentes que hablaban maya yucateco en Quintana Roo, México, para iniciar dos años de investigación en antropología de campo. Hacía apenas tres días que estaba en la aldea de Tuzik cuando, hallándome frente a una tienda con un hombre, él me preguntó en maya si yo creía que regresaría la Epoca de la Esclavitud y si estallarían de nuevo las guerras. Los rumores y la radio hablaban de una revolución en Nicaragua, y también se había oído hablar de luchas en Guatemala. Yo no sabía suficiente maya yucateco para responder detalladamente y me limité a contestar: “Lo ignoro. ¿Qué cree usted?” “Quién sabe”,

fue su parca respuesta, y cambiamos de tema. Pero al cabo de un año en la aldea, y una vez que aprendí a hablar maya yucateco con cierta fluidez, me hallé participando a menudo en conversaciones sobre la esclavitud y la libertad, la paz y la guerra, el distante pasado y el inminente futuro. Era una conversación que se había iniciado mucho tiempo atrás, y se esperaba que yo interviniera en ella, al menos por un rato.

La parte de la Península de Yucatán donde se encuentra Tuzik pertenece a México, pero la costa caribeña de la península casi nunca ha tenido dueños indiscutidos desde que los españoles conquistaron a los mayas hace varios siglos. La falta de buenas carreteras que comuniquen con la sede de la autoridad, en las distantes tierras altas, los ataques periódicos de los piratas del Caribe, las recurrentes rebeliones de los indios mayas, los peligros de los bosques tropicales y la ausencia del oro y la plata que en otras partes atraieron a las élites hispánicas, todos estos factores contribuyen a que Quintana Roo aún sea una poco poblada y mal administrada zona fronteriza de América Latina. A lo largo del borde occidental del Mar Caribe, por buena parte de América Central, corre una antigua grieta de imperios obsoletos, un costurón en la trama social, cultural, económica y política del hemisferio occidental. * En el período formativo de la geopolítica hemisférica, los conflictivos intereses mercantiles, territoriales y estratégicos de jóvenes potencias mundiales y nuevos países latinoamericanos se enfrentaron en la guerra, el comercio y la colonización a lo largo de la grieta que divide la tierra firme hispánica del oeste de los anglófonos dominios costeros y marítimos del este. La decimonónica Guerra de las Castas, una de las más prolongadas y triunfales rebeliones indias del Nuevo Mundo, estalló a lo largo de esa grieta en el Yucatán, en 1847. Gracias a la violenta respuesta de un estado mal gobernado y a los armamentos suministrados a los indios por la vecina Honduras Británica, una creciente conspiración de varios notables mayas que procuraban influir sobre las políticas gubernamentales en el Yucatán alcanzó las proporciones de una guerra racial que se extendió a toda la península por medio siglo, cobrando decenas de miles de vidas.

Los mayas contemporáneos del centro de Quintana Roo descienden de cien mil rebeldes y fugitivos de esa trágica guerra. Entienden que la Guerra de Castas —o simplemente la “Revolución”, como ellos la llaman— formó parte del plan histórico de su Dios

* Las notas están agrupadas en las páginas 239 a 266.

Verdadero. Constituyó la vida tal como es hoy, y la matanza de esos lejanos tiempos ejemplifica para muchos lo que se debe hacer para renovar el mundo en los Días Finales de la Era del Hombre. Desde aldeas desperdigadas por vastos bosques que se extienden tierra adentro desde el Mar Caribe y rodean las antiguas ruinas de Chichén Itzá, Cobá y Tulum, los indios mayas observan los cambios del mundo circundante y consideran el transcurso de cada año como otro paso colectivo hacia un Fin inminente y un nuevo Principio. Pues en el año 2000 “y un poco más”, como dicen los mayas, terminará este mundo y amanecerá otro, mucho mejor que el actual. Tal vez algunos mayas sobrevivan al apocalipsis, según como se produzca el fin. Si se produce mediante una guerra —una guerra santa de indios mayas contra sus enemigos infieles—, algunos mayas seguirán vivos como simiente para el nuevo comienzo. Sin embargo, si no estalla una guerra apocalíptica, el Dios Verdadero se encargará de destruirnos a todos, renovar la faz de la tierra y poblarla con criaturas mejor diseñadas. Lo ha hecho varias veces anteriormente, y lo hará de nuevo si los mayas demoran demasiado en liberarse del yugo extranjero que han soportado desde que los españoles los conquistaron hace cuatro siglos y medio.

Para curar este mundo decadente de sus males y poner las cosas en vereda —maíz en abundancia, salarios decentes para los hombres, mercancías baratas y manufacturas extranjeras en los mercados locales, un gobierno honesto atento a las necesidades de los ciudadanos, buen trato entre hombres y mujeres, niños respetuosos de los padres, adultos leales a sus líderes y fieles a sus dioses, plegarias eficaces para tratar las enfermedades o invocar lluvias vitales—, primero debe correr sangre humana copiosamente, según muchos. Los mayas derramarán la sangre de los extranjeros y permitirán el derramamiento de la propia, hasta que la sangre de todas las razas y nacionalidades se mezcle en lagunas que cubrirán la plaza central de sus poblados y aldeas.

Quizá la guerra apocalíptica sea necesaria para la supervivencia de la raza humana. Ningún maya lo puede afirmar con certeza, aunque dicen que sus ancestros así lo profetizaron. Los muy ancianos cuentan que cuando eran niños sus padres y abuelos hablaban del Fin como si entonces fuera inminente. Esos años de la infancia parecen haber sido siglos atrás, y los ancianos saben que morirán antes del cumplimiento de dichas profecías. Pero han transmitido las palabras divinas a la generación siguiente y pronto podrán irse de este mundo confiando en que sus hijos y nietos verán el Fin. En cuanto a estos mayas más jóvenes, muchos suponen que algún final se acerca, y para peor o mejor serán ellos quienes despidan la vieja era y anuncien la llegada de la nueva.